

La Palabra de Salvación

Que cada uno, antes de comenzar este estudio, lea de nuevo el primer capítulo de Hebreos, meditando cuidadosamente en cada afirmación. Piensen en el contraste infinito entre Cristo y los ángeles, un contraste que es infinito no porque los ángeles sean seres insignificantes, sino porque, por muy excelentes en fuerza que sean, Cristo es infinitamente mayor. Luego, con las últimas palabras del capítulo aún en mente, a saber, que todos los ángeles son *espíritus ministradores, enviados para hacer servicio en favor de los que serán herederos de la salvación*, comencemos el segundo capítulo, que está tan estrechamente relacionado con el primero como cualquiera de los versículos del primero lo están entre sí.

La Exhortación

“Por tanto, debemos prestar mucha más atención a las cosas que hemos oído, no sea que en algún momento nos deslicemos. Porque si la palabra hablada por medio de ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande, la cual al principio comenzó a ser anunciada por el Señor, y nos fue confirmada por los que la oyeron; testificando Dios también con ellos, tanto con señales y prodigios, como con diversos milagros y dones del Espíritu Santo, según su propia voluntad? Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, de que hablamos.”
(Hebreos 2:1-5)

“Por tanto”

Aquellos que leen la Biblia simplemente capítulo por capítulo, siempre deteniéndose en su lectura al final de un capítulo, ya sea que el tema termine o no, y que comienzan la próxima vez con el siguiente capítulo, sin pensar en lo que ha precedido, pierden muchísimo. Gran parte de lo que leen carece para ellos de significado alguno. En este caso, la palabra “Por tanto” es el vínculo conector entre lo que sigue y lo que precede. Dado que los ángeles, aunque muy inferiores a Cristo, son poderosos, incluso como los vientos y el fuego flameante, y sin embargo son meros siervos de Dios, que esperan y ministran a los hombres, debemos prestar mayor y más diligente atención a las cosas que son habladas, no por ángeles, sino por Cristo.

“La Palabra Hablada por Ángeles”

“La palabra hablada por ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución.” Las expresiones aquí usadas indican que “la palabra hablada por ángeles” tenía la naturaleza de un mandamiento. Toda transgresión de ella recibió su justa recompensa. En (Hechos 7:53) tenemos la acusación de Esteban contra sus jueces, de que ellos habían *“recibido la ley por disposición de ángeles”* y no la habían guardado. En (Gálatas 3:19), también, leemos de la ley que *“fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador”*, o, como lo tiene la Versión Revisada, *“ordenada por medio de ángeles, por mano de un mediador”*. Estos textos nos muestran que los ángeles tuvieron una parte importante que

desempeñar en la entrega de la ley, pero qué fue exactamente lo que hicieron, no tenemos forma de saberlo. Dado que el Señor no nos lo ha dicho, no es necesario que lo sepamos; y es pecaminoso que especulemos. Nos basta, al menos en lo que respecta a nuestro estudio actual, saber que la palabra hablada por ángeles, fuera lo que fuese y cuando fuese dicha, fue tan *firme* como la propia palabra de Dios, de modo que toda transgresión de ella fue castigada con seguro castigo. “*Él confirma la palabra de su siervo, y cumple el propósito de sus mensajeros.*” (Isaías 44:26)

Condenación y Salvación

“*La palabra hablada por ángeles*” condenaba. Si una palabra así era fija e inalterable, de modo que toda transgresión recibía invariablemente castigo, ¿qué esperanza puede haber para aquellos que descuidan la palabra de salvación que comenzó a ser anunciada por el Señor mismo? La palabra que Cristo habla es la palabra de salvación. Su nombre es salvación, su vida es salvación, y la palabra que Él habla es vida (Juan 6:63),—su propia vida. He aquí la situación: Los hombres han transgredido el mandamiento y han perdido sus vidas. Están perdidos. Pero aquí llega el mensaje de salvación—salvación no solo de las consecuencias de la transgresión, sino de la transgresión misma, de modo que no queda pecado por castigar. Esa es la salvación completa. Ahora, supongamos que algunos de estos hombres perdidos se niegan a escuchar esta palabra de salvación y rechazan todas las ofertas de ayuda, ¿qué esperanza de escape hay para ellos?—Manifiestamente ninguna. Estaban perdidos antes; se les da una promesa segura de salvación, pero la rechazan; si estaban perdidos antes, entonces deben estar perdidos con la mayor certeza ahora.

Comenzada por el Señor

Esta “gran salvación” “*al principio comenzó a ser anunciada por el Señor.*” Nótese las palabras “*comenzó a ser anunciada.*” Cristo terminó la obra que le fue dada a hacer, y la palabra que Él habló fue perfecta, pero sin embargo Él *solo la comenzó*, dejándola a aquellos que la oyeron para que la llevaran más lejos. En la medida en que la palabra solo *comenzó a ser anunciada por el Señor*, es evidente que aquellos a quienes Él la confió deben proclamar la misma palabra, con el mismo poder. Esto es evidente por el texto, incluso si lo leemos como en la Versión Revisada, “*habiendo sido anunciada al principio por medio del Señor, y nos fue confirmada por los que la oyeron.*” La palabra hablada por los que la oyeron es la misma palabra de salvación que Cristo proclamó.

¿Quién Puede Proclamar el Mensaje?

El texto simplemente relata el hecho de que aquellos que oyeron la palabra hablada por Cristo, la proclamaron a otros. Pero ¿quiénes tienen el derecho de proclamar el mensaje del Evangelio? Más aún, ¿sobre quién recae la obligación de proclamarlo? Aquí está la respuesta: “*Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven.*” (Apocalipsis 22:17). La palabra nos fue confirmada por los que la oyeron, y al oírla nosotros debemos confirmarla a otros. No todos tienen los mismos talentos, ni el mismo círculo de influencia; pero todos los que oyen deben decir: “*Ven*”, cada uno en su lugar según su capacidad.

En la iglesia de Cristo no hay una clase sacerdotal entre Dios y el pueblo; sino *“el Hombre Cristo Jesús,”* el Sumo Sacerdote, *“el Único Mediador entre Dios y los hombres”* (1 Timoteo 2:5), y cada creyente es un sacerdote. Todo el cuerpo de verdaderos creyentes forma un “sacerdocio real” (1 Pedro 2:9), con Cristo como Cabeza. En la iglesia de Cristo no hay rangos ni clases,—ninguno que sea superior en posición a otros,—ninguno que esté especialmente privilegiado para dar a conocer el Evangelio de la gracia de Dios y dispensar a otros sus dones. *“A cada uno de nosotros le fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.”* (Efesios 4:7). *“La manifestación del Espíritu es dada a cada uno para provecho de todos.”* (1 Corintios 12:7). Hay muchos dones diversos, *“pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno en particular como Él quiere.”* (1 Corintios 12:11). *“El que oye, diga: Ven.”* El caso es muy simple: cada uno que conoce al Señor debe contar lo que ha visto y oído con el Señor.

“Embajadores por Cristo”

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; a saber, que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no imputándoles sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros.” (2 Corintios 5:17-19, R.V.)

Nótese el hecho de que el apóstol está hablando de cualquier hombre que esté en Cristo, y no de una clase especial entre los cristianos. Dios nos ha reconciliado, es decir, a todos los creyentes en Cristo, consigo mismo; y en todos los que así son reconciliados con Dios, ha puesto la palabra de reconciliación, de modo que todos los verdaderos creyentes son “embajadores en nombre de Cristo”, a través de quienes Dios ruega a los pecadores del mismo modo que lo hizo por medio de Cristo cuando estuvo en la tierra. La misma obra que fue encomendada a Cristo es encomendada a los seguidores de Cristo, y el mismo Dios que *“estaba en Cristo”* para hacer la obra, está en sus seguidores. ¡Qué pensamiento tan maravilloso y solemne, y al mismo tiempo inspirador, que hombres pobres y débiles sean enviados al mundo *“en lugar de Cristo”*! ¿Por qué los cristianos no ocupan el lugar que Dios les ha asignado?—En parte porque no se dan cuenta de “la alta vocación de Dios en Cristo Jesús”, y en parte porque no están dispuestos a que Dios los llene incluso como llenó a Cristo.

“Dios Dando Testimonio”

Aquellos que oyeron dijeron: *“Ven;”* pero fue Dios quien testificó. La versión común tiene: *“Dios dando testimonio con ellos,”* pero el *“con ellos”* está insertado, de modo que en la Revisión lo tenemos: *“Dios dando testimonio con ellos.”* Esto es lo que Dios hizo con los santos profetas y apóstoles, como leemos en (Hechos 1:26) de aquello que *“el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas;”* y en (Hechos 3:18) de las cosas que *“Dios había anunciado de antemano por boca de todos Sus profetas.”* Dios dijo a Ezequiel: *“Ve a la*

casa de Israel y hálbales con Mis palabras.” (Ezequiel 3:4). Así también con aquellos que proclamaron el mensaje que oyeron del Señor; ellos hablaron, pero solo las palabras del Señor. Dios testificó por su boca. Así también debe ser con todos los que oyen y obedecen el mandato: *“El que oye, diga: Ven.”* Es el mismo mensaje que el Espíritu y la Esposa pronuncian. Dios dice a sus siervos: *“He puesto Mis palabras en tu boca.”* (Isaías 51:16). *“Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla.”* (Juan 3:34). *“Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios.”* (1 Pedro 4:11). Si hemos oído en verdad, y si somos nuevas criaturas en Cristo, y por lo tanto embajadores que representan a Cristo, es *“como si Dios rogase por medio de nosotros.”* (2 Corintios 5:20)

Testificando con Señales y Prodigios

Aquellos que están en Cristo, son enviados *en lugar de Cristo*. A nosotros se nos dirigen las mismas palabras que a los doce; porque Jesús dijo, no solo de los doce, sino de todos los que creerían en Él por la palabra de ellos: *“Como Tú me enviaste al mundo, así también los he enviado Yo al mundo.”* (Juan 17:18, 20). Ahora, de Jesús se dice que fue *“un hombre aprobado por Dios” “con muchos milagros, prodigios y señales que Dios hizo por medio de Él.”* (Hechos 2:22). Habiendo sido ungido por el Espíritu Santo y con poder, Él *“anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con Él.”* (Hechos 10:38). Cuando Dios mora en su pueblo, el mismo poder debe acompañarlos.

Pero que nadie anhele el poder de obrar milagros, porque anhelará en vano. Aquel que tiene tales deseos demuestra con ello que desea la vanagloria. El egoísmo y el amor al aplauso están en la raíz de su deseo; y del caso de Simón el hechicero (Hechos 8:18-23) aprendemos que los dones del Espíritu Santo no son concedidos a tales personas. El poder es de Dios, y Él lo usa solo a través de aquellos que con humildad de corazón comprenden que no son nada. Además, Dios nunca ha prometido que todo su pueblo deba tener el don de obrar milagros. (1 Corintios 12:8-11). Cristo mismo testificó que nunca había surgido profeta mayor que Juan el Bautista (Mateo 11:11), sin embargo, *“Juan no hizo ningún milagro.”* (Juan 10:41). De esto, sin embargo, podemos estar seguros, a saber, que aquellos en quienes mora la palabra de Dios tendrán el poder de la palabra, o del Espíritu. Cuando hablan como oráculos de Dios, aunque sean obreros en su tarea diaria, la palabra tendrá el mismo poder por el cual se realizan los milagros. *“He aquí, yo y los hijos que Jehová me dio somos por señales y prodigios en Israel, de parte de Jehová de los ejércitos, que mora en el monte Sion.”* (Isaías 8:18)

“Dones del Espíritu Santo”

A todos los creyentes les es dado el Espíritu Santo. (Efesios 1:13). Pero *“hay diversidad de operaciones,”* mientras que *“es el mismo Dios el que hace todas las cosas en todos.”* (1 Corintios 12:6). Dios distribuye los dones del Espíritu Santo *“según Su propia voluntad.”* *“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho de todos.”* (1 Corintios 12:7). ¿Para provecho de quién? ¿De sí mismo?—No, sino para provecho de otros; *“porque ninguno de nosotros vive para sí mismo.”* (Romanos 14:7). Dios bendice a las

personas para hacerlas una bendición. (Génesis 12:3). Por tanto, *“cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.”* (1 Pedro 4:10). ¡Qué maravilloso llamado a ministrar el Espíritu de Dios a los hombres! Sin embargo, esto es lo que se promete, porque Cristo dijo: *“El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Y esto dijo del Espíritu.”* (Juan 7:38, 39)

No es Obra de Ángeles

“Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, de que hablamos.” ¿Qué tiene esto que ver con el tema? Muchísimo, como veremos si notamos la pequeña palabra “porque,” la cual muestra que lo que sigue depende de lo que precede. A los hombres ha encomendado Dios la obra de predicar el Evangelio. Dios mismo testifica y suplica a través de ellos. La palabra de salvación, que comenzó a ser predicada por el Señor, es continuada por hombres, no por ángeles. ¿Y por qué no por ángeles?—porque *“no sujetó a los ángeles el mundo venidero.”* Así vemos que “el mundo venidero” tiene una conexión muy estrecha con la predicación de la Palabra, y esto es lo que todos esperan naturalmente; pero lo notable es que la predicación del Evangelio es encomendada solo a aquellos a quienes el mundo venidero ha sido puesto en sujeción, y los ángeles son sus asistentes y ministros mientras realizan su obra. Qué es el mundo venidero, a quién está sujeto, y cómo y cuándo, junto con su conexión con la predicación del Evangelio, debe dejarse para una consideración posterior.